

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Miguel León-Portilla, *Erótica náhuatl*, grabados de Joel Rendón, México, El Colegio Nacional/Artes de México, 2018, 110 p.

por David Lorente Fernández

Erótica náhuatl es un libro provocador y, a la vez, una obra plenamente centrada en los debates actuales de la antropología mesoamericanista. El doctor León-Portilla no es ajeno a la sorpresa que su libro —empezando por el título— suscita en el lector, como deja traslucir en su epílogo al escribir: “Si para algunos será tal vez el contenido de este libro motivo de sorpresa, me inclino a pensar que para esos mismos y para todos cuantos se acerquen a él puede ser, sobre todo, motivo de gozo, regocijo y aún placer” (p. 109). El deslumbramiento erótico es deliberado. Presentado como la versión mesoamericana de una pasión universal, el erotismo aparece en el libro como un valor destacable sobre el que escribir y al que ensalzar, “pasión universal que ha movido durante milenios a los seres humanos y habrá de seguir excitándolos durante todo el tiempo que dure la existencia de hombres y mujeres sobre la tierra”, imbuida de “la fuerza de un torrente que todo lo penetra y todo lo vence” (p. 109). Esta impresión se ve confirmada al hojear las páginas y encontrarse el lector con los

grabados de desnudos, detenidos en actos lúbricos, con pirámides escalonadas rematadas con adornos fálicos y voluptuosas mujeres, de sinuosos perfiles, ataviadas como diosas aztecas, esgrimiendo, mordiendo o envueltas en eróticos chiles. Este contrapunto gráfico, elaborado por el artista y grabador Joel Rendón, ofrece toda una suerte de claves de lectura en paralelo, a manera de los códices, e intensifica la sensualidad imponente del libro mediante la materialización de escenas que el autor de la obra provoca en la mente del lector, mediante una prosa impregnada de una muy personal sensación de elocuencia y de ritmo.

León-Portilla dedica su libro a un propósito principal: deshacer el estereotipo que sitúa a los nahuas como una cultura recatada y mojigata, ajena a las manifestaciones eróticas y a la expresión —comedida, intensa, a veces impetuosa— del deseo sexual. “Como si la rígida moral de los indios —en este caso de los nahuas— les hubiera vuelto imposible encontrar en el amor y en el sexo tema de inspiración y regocijo” (p. 11). Y es bien cierto que tal estereotipo lo hallamos también en la etnografía contemporánea, donde por lo general los pueblos nahuas no aparecen caracterizados por una retórica o exhibición de sus pulsiones lascivas, ni por ensalzar la dimensión dionisiaca de la existencia o una entrega a los placeres del comercio carnal. Comedidos y reservados, parecen contrastar con otras poblaciones indígenas que han hecho de la sexualidad un *leit motiv* y hasta un objeto experiencial “bueno para pensar”, como los otomíes orientales, quienes al parecer han convertido los avatares del cuerpo, la sexualidad y la muerte, al deseo literalmente devorador, en algunos de sus temas de reflexión —y elaboración nocturna— privilegiados.¹

La obra de León-Portilla demuestra que se trataba más de un punto de vista que de una realidad empírica. Existe una carga de sexualidad que recorre transversalmente diferentes géneros orales y narrativos nahuas, a cuya recuperación y cuidadosa edición dedica estas páginas. “Y a quien quiera argüirme —escribe— que ni hubo ni pudo haber erotismo en alma

1 Véase al respecto Jacques Galinier, *La mitad del mundo. Cuerpo y cosmos en los rituales otomíes*, 2a. ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México/Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Universidad Intercultural del Estado de Hidalgo, 2016 [1990].

y cuerpo de indios mesoamericanos, respuesta son los ejemplos aquí reunidos” (p. 99). El libro integra en versión bilingüe cinco composiciones, entre las que destacan dos poemas eróticos —“algunos bastante más atrevidos de lo que pudiera imaginarse” (p. 11), dice el autor—; “un diálogo entre dos mujeres alegres o alegradoras que se querellan de sus experiencias amorosas” (p. 80); un episodio de la vida del sabio de Tezcoco, Nezahualcóyotl, en el que éste juzga a dos ancianas que han sido llevadas a su presencia “por haber corrompido a unos mancebillos” (p. 91), y, finalmente, la descripción de la diosa Tlazoltéotl, “patrona de la vida alegre, ‘la que provoca, enciende, alivia y baña las obras de la carne’” (p. 98), presentada a través de una comparación con la diosa griega, en gran medida equivalente, Afrodita.

Las fuentes documentales de las que son extraídas dichas composiciones las constituyen el *Códice matritense del Real Palacio*, en el caso del primer poema erótico: “La historia del Tohuenyo”; los *Cantares mexicanos*, para el segundo poema erótico: “El canto de las mujeres de Chalco” y la tercera creación: “Las querellas del amor. Canto de tórtolas”; y el *Códice florentino* para las dos últimas composiciones: el episodio “Nezahualcóyotl y las dos ancianas libidinosas” y “Afrodita y Tlazoltéotl” (que incluye también el “Don de Tlazoltéotl”, tomado de los *Cantares mexicanos*, y la descripción de Afrodita, procedente de la *Teogonía* de Hesíodo).

Como insiste en aclarar León-Portilla, las creaciones reunidas y analizadas en esta obra no fueron escritas con la intención con que son rescatadas. No se trata de composiciones deliberadamente eróticas, sino que presentan esta dimensión como resultado de un proceso, cabría decir, meta-textual. “Es cierto —escribe el autor— que algunos de los textos que aquí presento como de contenido erótico en realidad no fueron compuestos con una intención semejante a la de quienes hoy buscan el erotismo en su propia creación literaria [...]. Siendo esto verdad, no deja de serlo también que textos que aquí reúno se nos presentan como portadores de ideas y sentimientos relacionados con ese amor sexual que llamamos erótico” (p. 8). En ocasiones, el carácter erótico surge de la ubicación que de la composición hizo algún cronista. Como señala a propósito del episodio de Nezahualcóyotl con las ancianas adúlteras: “Desde luego, este texto no fue compuesto como una expresión erótica, pero leído ahora desde la perspec-

tiva moralizante que adquirió al ser incluido en el *Códice florentino*, se nos presenta como un relato en el que los placeres de la carne tienen un lugar especial” (p. 91). El proceso meta-textual que consiste en situar a las diversas composiciones en una perspectiva de lectura que destaca su dimensión erótica, en ocasiones abiertamente sexual, es también, y aquí radica uno de los grandes aportes del libro, metodológico.

León-Portilla explica esta metodología comparativa en la Introducción: la idea de erotismo surge del estudio de textos clásicos griegos, del mundo helénico, donde el erotismo es un tema a la vez importante y recurrente. Siguiendo con una tradición metodológica emprendida ya en trabajos anteriores, como en *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes* (2006 [1956]), donde el autor recurrió al empleo de un concepto “occidental” —filosofía²— para analizar y arrojar luz sobre el estudio de los pueblos mesoamericanos, en este caso acude a un procedimiento conceptual análogo.

Con frecuencia se emplean conceptos y vocablos del ámbito grecolatino para hacer referencia a muchas creaciones e instituciones de pueblos muy alejados, como los nahuas y mayas de Mesoamérica [...]. Yo mismo me atreví a emplear el término filosofía para connotar algunas manifestaciones del pensamiento náhuatl.

Aquí acerco los conceptos y vocablos *erótica* y *náhuatl*. Con el primero abarco cuanto los griegos concibieron como referente al amor ardiente y pasional que no sólo afecta a la mente y al corazón, sino

2 Se pregunta al respecto León-Portilla en la Introducción de *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, 11a. ed., prólogo de Ángel María Garibay K., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Fideicomiso Felipe Teixidor y Monserrat Alfau de Teixidor, 2017 [1956], p. 23-24: “¿hubo un saber filosófico entre los nahuas? O, dicho en otras palabras, ¿hubo entre ellos, además de su cosmovisión mítico-religiosa, ese tipo de inquietud humana, fruto de la admiración y de la duda, que mueve a preguntar e inquirir racionalmente sobre el origen, el ser y el destino del mundo y del hombre? [...] Sucedió con los nahuas algo semejante a lo acontecido entre los griegos, donde fueron precisamente los poetas líricos los que empezaron a tomar conciencia de los grandes problemas que rodean la comprensión del mundo y del hombre. Ahora bien, si hubo entre los nahuas quienes vieron problemas en aquello que los demás obviamente vivían y aceptaban, puede decirse que esos ‘descubridores de problemas’ acerca del mundo y del hombre habían encontrado el camino del saber filosófico”.

que también enciende el fuego en los genitales y en el resto del cuerpo [...]. Me valgo entonces del vocablo *erótica* con plena conciencia de que, por supuesto, en Mesoamérica, donde habitaban los nahuas, no se rendía adoración ni a Eros ni a Afrodita que les eran totalmente desconocidos [...].

Y al acercar estos dos vocablos y conceptos en su origen tan lejano, pienso que tal forma de amor y pasión se dejó sentir en hombres y mujeres nahuas de Mesoamérica y en otros muchos que también la habitaban [...].

Así presento este trabajo en el que sitúo, según se ha hecho en otros muchos casos, una forma de acción y acontecer en el mismo marco conceptual que concibieron los griegos para hablar de algo que mucho les interesó, vivieron, pensaron, gozaron y disfrutaron en su propio tiempo (p. 7-8).

El empleo de una categoría analítica foránea, tomada de una cultura occidental ajena al área cultural mesoamericana, resulta sin embargo no en una suerte de imposición conceptual, sino en una herramienta heurística que permite explicitar y sacar a la luz nociones y conductas asociadas con el placer y el sexo que habrían quizá pasado desapercibidas de otra forma. Erótico como “amor ardiente y pasional que no sólo afecta a la mente y al corazón, sino que también enciende el fuego en los genitales y en el resto del cuerpo” constituye el “marco conceptual” que permite iluminar, y hasta crear o configurar, un ámbito analítico que no existía como tal en un principio: el de la erótica náhuatl. La adopción de un vocablo de filiación griega permite comparativamente manifestar rasgos del *ethos* nahua y mesoamericano subyacentes. En suma, así como existe una filosofía o una literatura nahuas —tal es la tesis del libro— hay también una erótica. La hipótesis queda confirmada al final de la obra cuando, en una circularidad del argumento, Tlazoltéotl resulta exitosamente comparada —salvando las distancias y respetando los contextos culturales e históricos— con Afrodita.

Las cinco composiciones comprendidas entre la definición de la categoría de erótico y la analogía entre ambas diosas presentan ese amor y

deseo ardientes que atañe a la mente, al corazón, a los genitales y a la totalidad del cuerpo. Resulta interesante destacar sus rasgos principales.

“La historia del Tohuenyo” constituye en realidad un avatar de la deidad Titlacahuan Tezcatlipoca, en la forma humana de un huasteco forastero vendedor de chiles. “Se trata en ella, como podrá gustosamente enterarse quien la lea —escribe León-Portilla—, del ardor erótico que, sin hipérbole, enfermó a una princesa tolteca, por haber contemplado el falo de un hechicero, quien transformado en huasteco, se puso a vender chiles, desnudo, sin *maxtle*, en el mercado de Tula” (p. 12). Tohuenyo es, pues, en realidad un dios hechicero que se alió con Huitzilopochtli y Tlachuepan para poner fin a las glorias de Quetzalcóatl y destruir la grandeza de los toltecas.

Instalado en el mercado frente al palacio, Tohuenyo vende chiles “colgándole la cosa”, en una imagen que parece aunar el fruto picante con el miembro viril. La hija de Huémac se asoma desde el palacio y topa su vista con el Tohuenyo, enfermando de gran calentura.

—¿cómo comenzó a entrar en calentura mi hija? [preguntó Huémac]
Y las mujeres que la cuidaban respondieron:
—Es el Tohuenyo, que está vendiendo chile,
le ha metido el fuego, le ha metido el ansia,
con eso es que comenzó, con eso es que quedó enferma (p. 17).³

Llevado a palacio, el Tohuenyo es adecentado y bañado: “Tú le has despertado el ansia a mi hija, tú la curarás”, dice el Señor Huémac.

Y cuando el Tohuenyo entró a verla,
luego cohabitó con ella,
y con eso al momento sanó la mujer (p. 25).⁴

3 “¿quen opeuh yn ye pozaua yn nochpotzin? / Niman quiluique yciua yn quiapiaya: / —Ca ye yn touenyo chilchonamacac, / oquitlahtili, quitlatolini; / ye yc opeuh, ye yc cocolicuic.” (p. 16).

4 “Auh yn oonya / niman ye yc ytechaci, / niman ic patic yn ciuatl.” (p. 25).

Aunque el poema se prolonga en una fabulosa hazaña bélica que termina granjeándole el aprecio de los toltecas y legitimando su posición como yerno de Huémac, su aspecto erótico se concentra en una serie de elementos destacados por León-Portilla: la provocadora desnudez de Tohuenyo, su caracterización centrada en el sexo, y la identificación de éste con los chiles, algo que de forma tácita pone también en relación el acto carnal con la comida, en una confusión de sensaciones. Es interesante destacar también, como lo hace el autor del libro en un apéndice, que “la cosa que trae colgando y que puso en gran tensión” a la hija de Huémac es designada como “pájaro”, en una tradición terminológica que continúa entre los nahuas actuales, y en la que son las marcas o prefijos de posesión los que, incorporados a un término, señalan que no se trata de un animal o una fruta, sino del sexo femenino o del miembro viril.

Por eso se enfermó entonces la hija de Huémac,
se puso en tensión, entró en grande calentura,
como sintiéndose pobre
del pájaro [...] del Tohuenyo (p. 15).⁵

Como última nota, cabe destacar que el poema presenta al sexo como algo que puede enfermar por encaprichamiento y curar por consumación, sin permitir sucedáneos ni placebos, tal como Huémac asume y acepta irremediamente. Tohuenyo será el único personaje masculino erotizador y concupiscente de este libro; en las siguientes composiciones serán mujeres quienes manifiesten esta condición, arrastradas por ardorosos apasionamientos e intensos apetitos de placeres lúbricos.

“El canto de las mujeres de Chalco”, por su parte, es un poema erótico compuesto por Aquiauhtzin de Ayapango, vecino de Amecameca. “El poeta las hace hablar [a estas mujeres guerreras]: invitan al señor de Tenochtitlan a una lucha donde sólo podrá triunfar el muy bien dotado sexualmente. La guerra —escribe León-Portilla— se transforma en asedio erótico, acercamiento de contrarios, acto sexual con todos sus preámbu-

⁵ “niman ye ic mococoua, / teponaciui, popopozaua, / yuhquin quimotolini / yn itotouh touenyo.” (p. 14).

los”. Es éste un “canto de primores, burlas y cosquilleos”, “finamente pornográfico” (p. 42), dirigido a retar a Axayácatl, sucesor de Motecuhzoma Ilhuicamina, quien “se ufanaba en sus proezas militares, desafiándolo a que mostrara si era igualmente tan hombre frente a las mujercitas que lo provocaban ahora al amor y al placer” (p. 45-46).

Dividido en siete tiempos, el poema está cuajado de difrasismos y metáforas en náhuatl, en especial donde las flores son protagonistas, alusivas tanto a la guerra como al placer, a las partes del cuerpo (pechos, vulva florida) y a la sexualidad. A lo largo del texto se mezclan referencias bélicas y amorias, confundiendo, tornándose la batalla en asedio erótico. Todas las voces que aparecen en él son femeninas: mujeres provocadoras que arengan a Axayácatl de las maneras más sugerentes y evocadoras, a veces lascivas, a veces burlonas, instándolo a proceder:

Hazlo en mi vasito caliente,
 consigue luego que mucho de veras se encienda.
 Ven a unirte, ven a unirte:
 Es mi alegría.
 Dame ya el pequeñín, déjalo ya colocarse (p. 57).
 [...]
 Revuélveme como masa de maíz [...]
 ¿Acaso no eres un águila, un ocelote [...]?
 ¿Tal vez con tus enemigos de guerra no
 harás travesuras? (p. 69).
 [...]
 tómame a mí.
 Tengamos placer,
 en tu estera de flores [...] (p. 77).⁶

⁶ “Xoconquetza in nonexcon / cenca niman, xocontouio. / Xic-hual, cui o xic-hual cui: / in nompaca, o xinechhualmaca, / in conetzintli, te xontlahteca tihuan. (p. 56) [...] Xic hualquixti nonextamal / [...] ¿Ahzo ti cucuhtli, toceiotl, [...] ¿Ahzo moyaohuan / inhuic ticuecuenoti? (p. 68) [...] xinechonantih. / Xonahuiacan, / moxochinpetlapan” (p. 76).

En cuanto a “Las querellas del amor. Canto de tórtolas”, se trata de un diálogo entre dos mujeres de la vida galante o alegre, que expresan toda una serie de matices de sus deseos y del placer. Es interesante que León-Portilla señala algo quizás extensible a las otras composiciones: “su sentido se nos muestra casi como moderno y cercano a nosotros, afirmación esta última que a algunos sonará inverosímil” (p. 80). En efecto, parte de la estética y de la sensorialidad de los textos puede resultar no demasiado distante de nuestra sensibilidad actual, lo que hablaría de su actualidad literaria. Tal vez, esto se deba también a las oscuridades, incompletitud e interrogantes que plantea el poema.

Como sucedía en la composición anterior, asistimos aquí una vez más a la feminización de lo erótico, así como a un uso abundante de metáforas florales alusivas al cuerpo y al placer descrito desde un punto de vista femenino:

Nanotzin, vagina preciosa.
Ya no estoy a gusto de
nuestro enemigo en mi casa.
En vano me reprende mi madre (p. 81).

[...]
¿Acaso estoy satisfecha?
En la noche lloro,
yo mujer hermosa,
yo flor de espiga preciosa,
me alegre, yo mujer,
como mujer, me avergüenzo (p. 82-83).

[...]
Donde calienta la tierra,
en la orilla del agua
han venido a erguirse las flores (p. 84)

[...]
en las manos de la gente ando,
sólo soy mujer (p. 86).

[...]

Yo mujer vagina preciosa,
mi corazón entrelaza a las
flores de cascabel (p. 88).⁷

“Nezahualcóyotl y las dos ancianas libidinosas” es un texto interesante en varios sentidos. Una vez más, las protagonistas son las mujeres. Nezahualcóyotl es una figura con la que en cierto modo se identifica el lector, pues, a manera de narrador, permite a quien lee adoptar su punto de vista. Aunque se trata de un episodio que manifiesta una de las dimensiones del multifacético *tlatoani*, la impartición de justicia, trasluce más el interés de Nezahualcóyotl por la naturaleza humana y por entender las motivaciones de las ancianas que por el castigo impartido. Sus preguntas son más bien las de un psicólogo, las del sabio que quiere conocer —un poco escabrosamente, en este caso— las motivaciones oscuras e impetuosas del alma humana. ¿Por qué un par de viejecitas ya decrépitas se ven sacudidas por el ardor sexual? El episodio parece intensificarse y ganar interés, tanto para el *tlatoani* como para el lector, al constituir los seducidos “unos estudiantillos, unos jovencillos”:

¿acaso todavía
desean las cosas de la carne?
¿No están ya satisfechas,
estando ya como están?⁸ [—pregunta Nezahualcóyotl] (p. 93).

No tenemos aquí féminas fatales como las guerreras chalcas o las ardientes mujeres del canto de las tórtolas, sino a un par de emprendedoras ancianas urdiendo travesuras con mozalbetes. No obstante, la respuesta de las ancianas es de gran elocuencia, reivindicando su deseo en un mundo de hombres:

7 “Naanootzin Chalchiuhnene / ayoc nomati ye nochan in ye / toyao (p. 81) [...] ¿cuix ninocaquia? / Yohuaya nichoca ya / niyeccihuatl / niquetzalmayahuaxoch / ninahuilo nicihuatl / a canixtonaci (p. 82-83) [...] Tlaltonayan / atla ca tempan / moquetzaco xochitl (p. 84) [...] temac ninenemi / çan ca nicihuatl. (p. 86) / niChalchiuhnenechihuatl / yayia quilacatzohua ye noyol / coyolxochitl” (p. 88).

8 “¿cuix noma / anqujnequi in tlalticpacaiotl?, / ¿amo oaceuhque, / ca ie amjuhque, y!” (p. 93).

¿Cómo vivían
 cuando aún eran jóvenes?
 Díganmelo, declárenmelo [—les instaba Nezahualcóyotl].
 [...]
 Le respondieron:
 [...]
 Ustedes los hombres ya viejos,
 ustedes sienten desgana de la carne,
 porque los abandonó ya la potencia,
 se gastó todo de prisa
 y ya no queda nada.
 Pero nosotras las mujeres
 no nos cansamos de esto
 porque hay en nosotras
 como una cueva, un barranco.
 Sólo espera
 lo que habrán de echarle
 porque su oficio es recibir (p. 95).⁹

Más allá de mera justificación, la confesión trasluce cierta concepción nahua del cuerpo y de la sexualidad, asociada con el funcionamiento del organismo y el transcurrir de la edad, que no resulta del todo ajena a los estudiosos e incluso a la etnografía actual: la comparación del ser humano con un vegetal que, con el paso de la edad, se seca y endurece, inhibiendo de este modo la secreción de fluidos.¹⁰ La mujer, según esta concepción, pierde su fecundidad, pero no la capacidad de entregarse al acto sexual, como insisten en explicar las ancianas ante la expectación de Nezahualcó-

⁹ “¿Auh queçan oannenque / inoc a mopiltia?: / ça xiquitocan, ça xinechilvuican, [...] / Quilvique. / [...] in amoqujchtzintzi, / ca amehoantin antlatzivi, / ca amehoantin anmo-caoanj / in amomjciuhcapoloque: ca ie ixqujch, /ca aoctle amonecoca. / Auh injn in ticioa, / ca amo titlatzivinij: / ca oztotl, ca tepexitl / in totechca: / ca çan tequjtl imacoa / qujchia, / ca çan tequjtl tlacelia.” (p. 94).

¹⁰ Véase Marie-Noëlle Chamoux, “Persona, animacidad, fuerza”, en Perig Pitrou, María del Carmen Valverde y Johannes Neurath (coords.), *La noción de vida en Mesoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2011, p. 170.

yotl. León-Portilla nos resuelve una duda: “aunque desconocemos cuál fue el desenlace del juicio [...], es de creer que, hombre sabio y prudente como era, [Nezahualcóyotl] las absolvió, pero haciéndoles ver que si reincidían tendrían entonces que imponerles un castigo” (p. 91).

“Afrodita y Tlazoltéotl” constituye el último capítulo del libro. Como eco del método empleado por el autor, en él se sugiere una comparación yuxtaponiendo las descripciones, griega y nahua antigua, de las dos principales diosas del amor y el deseo. En la Grecia clásica, lo erótico viene de Eros, hijo de Afrodita, diosa formada de la “blanca espuma” surgida en torno a los genitales de Urano, cercenados y arrojados al mar por Cronos. En el México antiguo, Tlazoltéotl, asociada con la basura, era “patrona de la vida alegre”: provocaba y encendía las cosas de la carne, pero también “purificaba, aliviaba, limpiaba” todas las acciones sexuales. Ambas, según León-Portilla, “se acercan ahora en cuanto variaciones humanas, discordantes convergencias de un mismo tema” (p. 98). No obstante, la similitud sugerida entre las diosas de la sexualidad y el deseo presenta diferencias marcadas por el “naturalismo griego” y el “enjambre de símbolos” mesoamericano. El propósito del libro se cierra e indica el autor: “es nuestro tema, no invención personal sino mero traslado, afán de acercar en nuestra lengua lo pensado y vivido por gentes tan distintas como griegos y nahuas” (p. 98).

RESONANCIAS ETNOGRÁFICAS

Como indicaba al principio, *Erótica náhuatl* no es sólo un libro pícaro, que explora el deseo y la pasión lúbrica entre los nahuas antiguos mediante intensas composiciones. Representa también una obra inscrita en numerosos debates actuales de la antropología y la historia mesoamericanistas. Sin duda, el tema del libro no había sido tratado antes como tal, con versiones cuidadosamente preparadas de los textos en náhuatl y composiciones analizadas de manera novedosa. Así pues, cabría decir que León-Portilla inaugura la configuración de un nuevo campo de estudio, escasamente abordado por lo elusivo y escurridizo.

Se trata de un tema, no obstante, que toca diferentes ámbitos actuales de estudio presentes en la investigación etnográfica e histórica. Las nocio-

nes sobre el cuerpo y la persona, las concepciones nativas y la práctica de la cacería —especialmente la del venado—,¹¹ la mitología náhuatl registrada en una diversidad de regiones indígenas de México, donde se plantean las más peligrosas interacciones entre seres humanos y no humanos vinculadas con formas de iniciación chamánica que implican relaciones sexuales o alianzas matrimoniales con espíritus auxiliares,¹² o la asociación ritual de los aromas y las transgresiones¹³ participan del gran campo del erotismo nahua, de la concepción de la sexualidad, la atracción carnal y la seducción, que permite explorar diferentes dimensiones teóricas y abrir nuevos puntos de vista acerca de fenómenos pasados por alto o que se creían conocidos.

A su vez, parte de las concepciones incluidas en *Erótica náhuatl*, que León-Portilla analiza con finura en las fuentes históricas y presenta explícitamente como una característica humana de la sociedad y de la cultura nahua, encuentran eco en nociones y prácticas de los nahuas actuales, como supone por ejemplo el caso de la Sierra de Texcoco. También allí prima la idea del calentamiento del cuerpo y el ardor como pasión sexual —por lo que las madres proscriben a las adolescentes púberes bañarse en el temazcal, bajo el riesgo de intensificar el calor corporal y despertar el

- 11 Véase Guilhem Olivier, *Cacería, sacrificio y poder en Mesoamérica. Tras las huellas de Mixcóatl, 'Serpiente de Nube'*, México, Fondo de Cultura Económica/Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2015.
- 12 Estas relaciones pueden ser concebidas como un “matrimonio”, que desde el punto de vista de los seres humanos implica la captura y asimilación del espíritu por parte de los seres del mundo-otro, es decir: una enfermedad, o derivar en el establecimiento de vínculos rituales o chamánicos entre ciertos individuos y los espíritus dueños de los lugares; véase David Lorente, *La razzia cósmica. Una concepción nahua sobre el clima. Deidades del agua y graniceros en la Sierra de Texcoco*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Universidad Iberoamericana, 2011.
- 13 Véase Élodie Dupey García, quien explica cómo “la caracterización de los individuos condenados socialmente como seres malolientes parece tener raíces prehispánicas y derivarse del nexo establecido por los mesoamericanos entre las transgresiones [especialmente las de carácter sexual], las manchas morales y las exhalaciones nauseabundas. En la cultura náhuatl este nexo se percibía, en particular, en la figura de Tlazoltéotl, ‘la diosa de la basura’, también llamada Tlaelcuani, ‘la comedora de la suciedad’ o ‘la comedora de lo hediondo’, porque los antiguos nahuas le confesaban sus faltas [sexuales], que la divinidad devoraba como inmundicias”. Élodie Dupey García, “Olores y sensibilidad olfativa en Mesoamérica”, *Arqueología Mexicana*, v. XXIII, n. 135, 2015, p. 28.

deseo sexual—, o se asume el erotismo incontenible de ciertas partes del cuerpo femenino, no ya los senos, ni el pubis, sino los pies. Son los pies ligeros, pequeños, que pisan delicadamente, a semejanza de los del venado, los que despiertan la tentación. “Pies de venado” es un cumplido que se le dedica a ciertas muchachas, destacando aspectos eróticos y sensuales de la corporalidad, que despiertan atracción e inquietud.

Regresando a la antología erótica de Miguel León-Portilla, es interesante comprobar que allí se suceden guerreras, cortesanas, ancianas ardorosas y diosas eróticas. Pese a que Tohuenyo y los chiles atraen la atención del lector, en realidad *Erótica náhuatl* es un libro sobre el erotismo de las mujeres: sobre cómo sienten, seducen, desean, provocan, incitan —o al menos sobre cómo lo hacían— en la época precolombina.